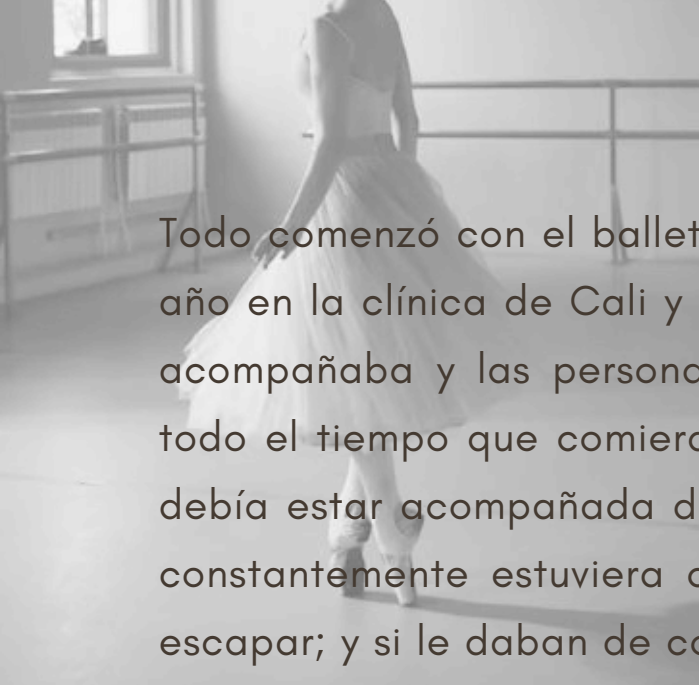


¡JUEPUTA! ¿ME ESTOY ENLOQUECIENDO?



Sumérgete en la increíble
historia de una bailarina de
ballet

POR PAULA VALENCIA L.
Cali, Colombia, 2013



Todo comenzó con el ballet. Stephanie Barco estuvo internada un año en la clínica de Cali y allí se sentía sola, encerrada, nadie la acompañaba y las personas que estaban a su lado le repetían todo el tiempo que comiera. No podía salir y en caso de hacerlo debía estar acompañada de la enfermera o de otra persona que constantemente estuviera cuidándola, pues creían que se iba a escapar; y si le daban de comer botaría la comida por el sanitario o a la basura.

La internaron después de que su madre empezó a notar que Stephanie estaba delgada y con el pasar de los días empeoraba, incluso a pesar de aumentarle los alimentos. La sorpresa de su madre no se hizo esperar, pues al llevarla al médico se dio cuenta de que su hija tenía anorexia y debía ser internada en la clínica para recibir el tratamiento adecuado.

Stephanie cuenta:

“

Llegué al punto de pesar 32 kilos y supuestamente, decía el médico, mi estatura no tenía nada que ver con mi peso. Yo debía pesar más pero estaba en los huesos y me obsesioné demasiado con tener menos peso al estar en ballet. Pensaba que por ser más delgada, iba a lograr un mejor salto o una mejor posición o más fluidez para el baile.

En las clases de Ballet se esforzaba por ser la mejor y sabía que no podía equivocarse de ninguna manera, ya que la reprendían por mal desempeño. Además de esto, también le pedían un peso adecuado para pertenecer a dicha escuela.

“

Pensaba que no lograba hacer las cosas bien porque estaba gorda,

dice con su voz apagada, y pensativa, agrega:

“

Allí me trataban como una mierda. Me hacían sentir que no servía para nada. Y según yo, comía demasiado. Me veía en esos espejos del instituto pasada de kilos. Era una marrana impresionante.

Así fue como su sueño de ser bailarina de ballet se derrumbó por completo al ser internada. La mayoría de los internos duran de seis a siete meses, pero ella duró un año porque no se quería rehabilitar. Cuenta que las enfermeras, al servirle los alimentos, le ordenaban con voz impaciente: “Cómaselo, cómaselo”. No se sentía maltratada pero sí presionada. Entonces, no probaba bocado o cuando comía vomitaba porque el cuerpo ya no aceptaba alimentos por lo cual debían inyectarla con suero en todo momento.

Al hablar sobre las inyecciones hace una pausa. Enseguida se mira los brazos y encuentra en uno de ellos una cicatriz. La muestra sonriente y **dice:**

“ Ah!, ¿esto? Fue porque yo me intenté sacar una aguja a la fuerza y no pude; me la enterré más. Yo no dije nada porque me quería escapar. Después, cuando se enteraron, me cogieron puntos. Me los quité a la fuerza y eso se abrió y se blanqueó.

Stephanie tenía un novio desde que pertenecía al Ballet e influía mucho en sus decisiones, pues según ella era su apoyo confiable e incondicional. Era mayor que ella y tenía más mundo, más experiencia, por lo que la manejaba a su antojo. La tenía muy reprimida y le pedía explicaciones por todo.

“ Me asfixiaba con sus celos; era como enfermo. Lo conocí gracias a una compañera de mi colegio cuando él tenía 25 años, y yo no me relacionaba con niños sino con adolescentes. Mi compañera era su mejor amiga, era como su hermana, pero la verdad vivía enamorada de mi novio. Por eso de un momento a otro, comenzó a inventar cosas. Dizque yo era tremenda en el colegio... en fin, le llenó la cabeza de cucarachas sobre mí, ¡y yo era virgen!

A causa de ese malentendido ella y su novio empezaron a pelear por cualquier motivo. Él la presionaba para que le diera las claves de su computador, de internet y le exigía todo con palabras ofensivas. La hacía sentir como un palo con expresiones como:

“

¡Mire ese bluyín, ya ni le queda!

Ella se deprimía cada vez más y su estado empeoraba.

Ella esperaba que al menos él tratara de comprender la crisis por la que estaba pasando, pero cuando estuvo internada lo veía muy de vez en cuando y ello complicó más las cosas, pues él estaba convencido de que Stephanie salía a menudo a encontrarse con otras personas, cuando en realidad no se le permitía salir sola hasta cumplir el tiempo de rehabilitación. Stephanie recuerda que cuando él le pedía que estuvieran íntimamente, ella se sentía incomoda porque estaba desganaada o mareada, pero su novio no le creía.

Así, poco a poco fue acumulando sus tristezas y decepciones a tal punto que un día comenzó a tener una extraña fase de alucinaciones. Sentía que la observaban todo el día y veía caras de personas conocidas que se le acercaban, **gritándole:**

“

¿Por qué no come? Está en los huesos niña. ¡Mírese!

Por tal motivo no la dejaron salir más del centro de reposo y le restringieron las visitas. Durante ese tiempo pudo reflexionar acerca de la relación con su novio y tomó la decisión de terminar con él.

Un día de manera intempestiva decidieron llevarla con el psiquiatra de la institución, hecho que sorprendió a Stephanie;

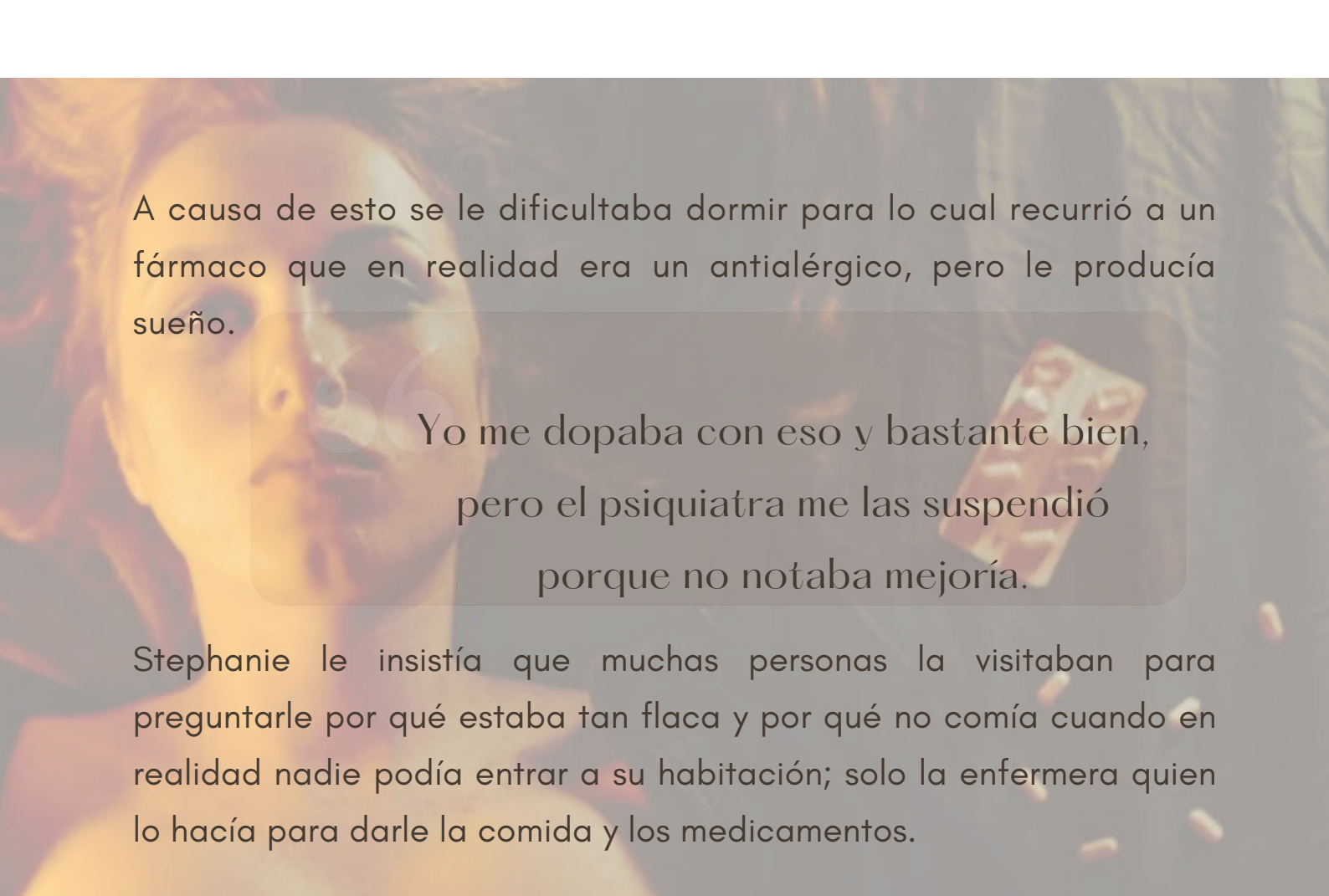
“

Se suponía que primero me debía atender el psicólogo para que revisara en qué nivel estaba el problema y si se podía solucionar tranquilamente con terapias que consistían en charlas de autocontrol, y en caso de no obtener buenos resultados me enviarían al psiquiatra. ¡Pero no fue así!

Y añade:

“

Terminé volviéndome farmacodependiente porque al verme tan anoréxica el psiquiatra –que ni me habló, solo me miró y según él, me evaluó– abrió la boca para decirme: “Tiene principios de esquizofrenia; tómese estas pastas”. Además tenía que verle la cara en varias sesiones y yo seguía sin entender qué era lo que me había evaluado. ¡Fue tan raro! Me mandó un medicamento llamado Fluoxetina del cual debía tomarme tres pastas de veinte miligramos al día, pero yo aumenté la dosis al punto de tomarme seis.

A woman with a nasal cannula and pills. The woman is looking upwards with a concerned expression. A blister pack of pills is visible in the background.

A causa de esto se le dificultaba dormir para lo cual recurrió a un fármaco que en realidad era un antialérgico, pero le producía sueño.

Yo me dopaba con eso y bastante bien,
pero el psiquiatra me las suspendió
porque no notaba mejoría.

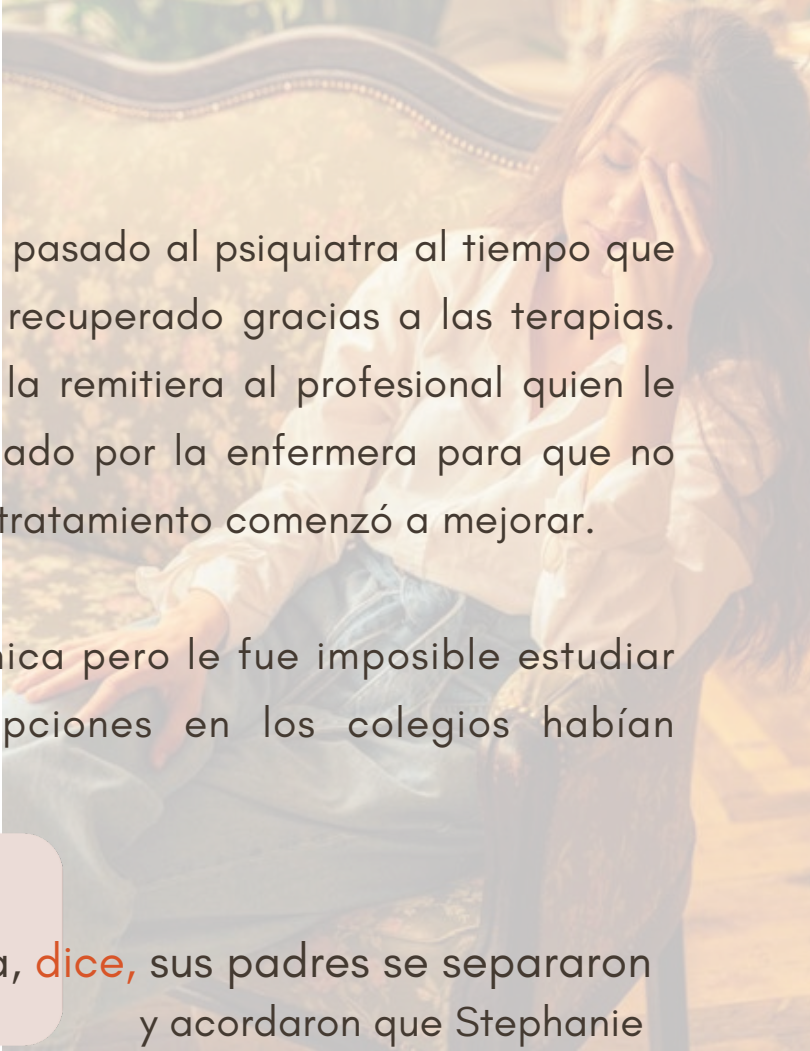
Stephanie le insistía que muchas personas la visitaban para preguntarle por qué estaba tan flaca y por qué no comía cuando en realidad nadie podía entrar a su habitación; solo la enfermera quien lo hacía para darle la comida y los medicamentos.

Una noche la despertaron unas voces provenientes del pasillo. Eran las enfermeras que hablaban entre sí y **comentaban**:

“En este cuarto, hay una niña que está loca.

Stephanie recuerda que se estremeció al escuchar los comentarios y cubriéndose la cara con las manos pensó:

“¡Jueputa!, ¿Me estoy enloqueciendo? ¿No será que todo está en mi cabeza? ¿Será que me está hablando el subconsciente?



Al otro día le contó lo que había pasado al psiquiatra al tiempo que le demostraba que ya se había recuperado gracias a las terapias. De esta manera logró que éste la remitiera al profesional quien le recetó un medicamento -controlado por la enfermera para que no volviera a excederse- y con este tratamiento comenzó a mejorar.

Finalmente pudo salir de la clínica pero le fue imposible estudiar octavo grado pues las inscripciones en los colegios habían terminado.

“

Para más desdicha, **dice**, sus padres se separaron y acordaron que Stephanie

decidiría con quién vivir. Primero lo hizo con su padre, luego con su madre y después con un tío; En últimas, decidió irse para Argentina con su padre. Cuenta con la mirada llena de nostalgia:

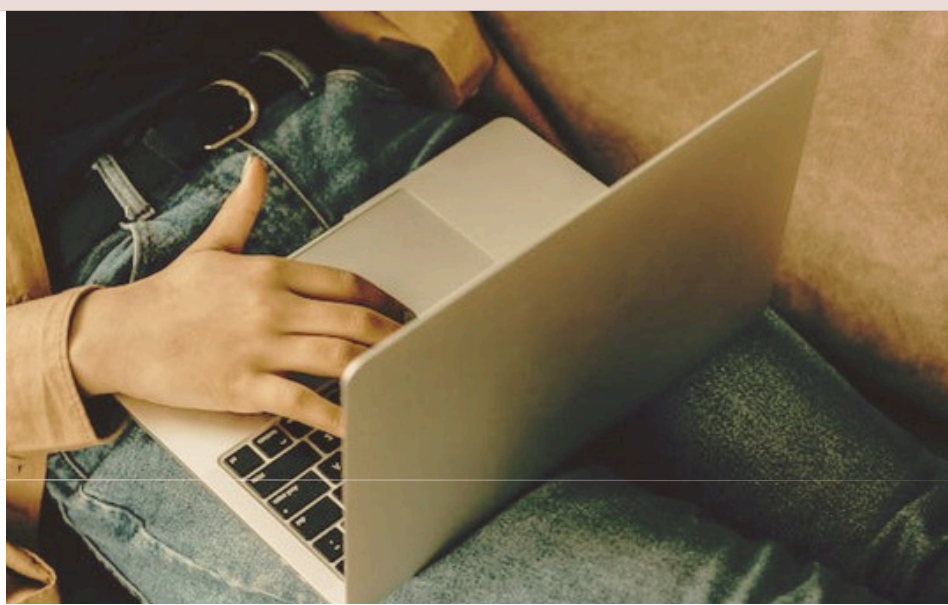
“

Allá terminé mi recuperación, recuperé hartoo peso ¡Bastante!, gracias al tratamiento con unos médicos especialistas. También me metí a una academia de danza contemporánea que se llama UVA de la que hay una sede en Cali.

Después de que terminó la recuperación regresó a Cali y pudo finalizar sus estudios de colegio, pues ya todo estaba normalizado en su vida.

No volvió a comer arroz pues le hace recordar cuando lo vomitaba. También recuerda cuando tenía que comer en reuniones familiares para que la gente no sospechara nada y aprovechaba un momento de descuido para ir al baño y expulsar todo lo que había ingerido.

“Me acuerdo que leía en internet: “Para que no se te dañe el esmalte de los dientes ponte bicarbonato de sodio. Si estas vomitando pon música y no vayas siempre al baño, llévate al cuarto una bolsa. Toma un vaso de agua y al vomitar el agua, te darás cuenta que no queda rastro de comida en tu estomago”. Ahora que lo pienso, no debí obsesionarme tanto porque no disfruté nada en ese entonces. Tener una hermosa imagen, eso era lo que me importaba y a veces me pregunto si tengo un buen peso; ¡es inevitable!



De vez en cuando Stephanie practica ballet en su casa, pero lo toma como un pasatiempo. Su vida ha cambiado y tiene una nueva relación con alguien que conoció en Argentina, pero titubea al decirlo pues comenta que alguna vez éste **le dijo:**

“ Pareces un poco gorda.

Ese día se sintió realmente perturbada y pensó en tirarlo todo por la borda:

“ Ya me pasé otra vez en la comida;
voy a dejar de comer.

Ahora solamente come manzanas y dice que es consciente de todo. Dentro de poco piensa regresar a Argentina con su padre, está muy contenta y quiere aprender portugués.

*Muchas
gracias!*

Si te gustó y quieres apoyarme
puedes donar:

